

madrileños, y *La maja mojada*, ambos de don Ramón de la Cruz—, Flores hace gala de un exacerbado patriotismo costumbrista. Pero a diferencia de *Figaro* o *El curioso parlante*, encarnándolo en los estratos sociales más humildes, con los que él llega a identificarse. De forma que las series aparecidas en *El Museo de las Familias*<sup>50</sup> o en *El Laberinto* perfilan ya de forma directa su peculiar personalidad. En el cuadro *Manolos y chisperos...* ensalza de tal modo su bravura y patriotismo, que más que solidarizarse, se siente identificado con ellos. Es ésta, insistimos, su peculiar noción del costumbrismo:

«La guerra de la Independencia, lejos de aumentar la desunión de los bandos manolescos, hizo desaparecer y borró todas las rivalidades de la localidad, reuniéndolos a todos contra los franceses, hasta el punto de que en la defensa del Parque, que está en territorio de los chisperos, no hubo más de éstos que manolos, y todos pelearon con la misma bravura»<sup>51</sup>.

El patriotismo subyace—es cierto—como sentimiento romántico. Lo que nos interesa reiterar aquí es que los caminos que Flores sigue para llegar a él pasan por las actitudes de los estratos sociales más bajos de entonces, actitudes que abiertamente admira hasta el punto de sentirse copartícipe en ellas. En esta entrega no hay crítica sistemática a la manera de Larra—el precursor de la generación del 98—, ni generalizaciones y localismos como los de *El curioso parlante*.

Esto no anula las evidentes relaciones de Flores con los dos grandes románticos citados. Simplemente matiza el grado y tipo de influencia que hayan podido ejercer sobre el escritor ilicitano. Por un lado, resulta inevitable su coincidencia ideológica, sobre todo en materias sociales que comenzaban a preocupar hondamente el pensamiento europeo y español.

La denuncia y protesta social vinculará a Flores a la figura reformista de *Figaro*. Sus opiniones en contra de la pena de muerte, sistema penitenciario español, reforma educativa y proceso de la desamortización, por ejemplo, le acercan claramente a Larra. No hay que olvidar que Flores fue el primero que supo ver, al igual que Flórez Estrada, el error de la desamortización de los bienes eclesiásticos. La exvicolación de dichos bienes no era una cosa nueva; más bien era una idea tomada del

<sup>50</sup> La revista *El Museo de las Familias*, fundada el 25 de enero de 1843 por don Francisco de Paula y Mellado en plena agitación política y periodística, cesó en el año 1869; si bien reaparece descibujada en 1870 e incapaz de poder competir con las publicaciones del momento, tales como *La Ilustración Española y Americana*, heredera directa de la gran revista *El Museo Universal*.

En esta publicación aparecen nombres suficientemente conocidos por la crítica. Destaquemos, entre otros: Hartzzenbusch, Bretón de los Herreros, Carolina Coronado, Gómez de Avellaneda, «Fernán Caballero», Modesto Lafuente, Romero Larrañaga, Ferrer del Río y Campoamor.

Al éxito de esta publicación contribuyó el jurista y escritor don José Muñoz Maldonado, conde de Fabraquer, que colaboró en la misma desde su fundación, dirigiéndola a partir del año 1853.

<sup>51</sup> ANTONIO FLORES: *Ayer, hoy y mañana*, tomo II, cuadro LIII, pág. 406.

Antiguo Régimen. A partir de las Cortes de Cádiz, la desamortización sigue las vicisitudes políticas de la época fernandina, y Flores, constitucional y partidario de constituciones liberales, denuncia toda clase de irregularidades surgidas de dicho proceso, adoptando posturas muy próximas a las de Larra <sup>52</sup>.

Flores, a través de los cuadros *Humo animal y humo mineral o los refectorios y los talleres* <sup>53</sup>, *El casero de hogaño* <sup>54</sup> y *Placeres de sobremesa* <sup>55</sup>, denunciará—al igual que Larra—el lamentable estado y proceso de la desamortización llevado a cabo por Mendizábal. La huella ideológica de Larra se hace sentir, pues, en Flores, aunque, por otro lado, también le aproximarán a Mesonero Romanos, como hemos indicado anteriormente, la filiación de sus tipos, motivos y escenas.

Flores, en fin, no sólo resulta ser uno de los pocos escritores costumbristas que describen con rigurosa minuciosidad el pueblo de Madrid de su siglo, utilizando técnicas estilísticas surgidas de la fiel reproducción fonética y léxica del habla de sus personajes. Su intención realista va más allá de las convencionales jergas de tendencia caricaturesca abundantes en el Siglo de Oro, y aun de las un tanto artificiales expresiones populares—condicionadas por la versificación—que abundan en los sainetes de don Ramón de la Cruz, su más cercano precursor.

Todo ello sin olvidar su *Ayer, hoy y mañana*, obra cuyo título y plan denotan un claro sentido histórico, en la que se añade a los contrastes reales entre el *ayer* de sus recuerdos y el *hoy* de sus observaciones, la audaz utopía anticipatoria del *mañana*. Es un auténtico mosaico de la sociedad española de la época, escrito en ágil prosa e indispensable arsenal noticioso para adentrarse en el complejo comportamiento moral de sus gentes.—ENRIQUE RUBIO CREMADES (*Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de ALICANTE*).

---

<sup>52</sup> Que en su artículo «El Ministerio de Mendizábal», *Obras Completas*, pág. 1320, dice que «de la venta de bienes nacionales, que tan justa y sabia crítica mereció de nuestro excelente economista don Alvaro Flórez Estrada, y que si no lo derogan las Cortes, aumentará, sí, el capital de los ricos, pero también el número y mala ventura de los proletarios. El gobierno, que debería haber mirado por la emancipación de esta clase, tan numerosa, por desgracia, en España, pensó (si ha pensado alguna vez en su vida) que con dividir las posesiones en pequeñas partes evitaría el monopolio de los ricos, proporcionando esta ventaja a los pobres, sin ocurrírsele que los ricos podrían comprar tantas partes que compusiesen una posesión cuantiosa».

<sup>53</sup> ANTONIO FLORES: *Ayer, hoy y mañana*, tomo II, cuadro X, págs. 85-94.

<sup>54</sup> Id., id., tomo II, cuadro XV, págs. 123-132.

<sup>55</sup> Id., id., tomo II, cuadro LI, págs. 439-446.

# Sección bibliográfica

## ORTEGA Y GASSET EN LA PERSPECTIVA DE UN JOVEN PROFESOR NORTEAMERICANO

*Ortega y Gasset, filósofo de la unidad europea*, de Harold C. Raley <sup>1</sup>, es un libro de gran penetración y coherencia y del que se precisa dar una mínima idea.

Raley nació en 1934 y es catedrático de Lengua y Literatura españolas en la Universidad del Estado de Oklahoma en Stilwater. Su obra sobre Ortega es una tesis doctoral que ya apareciera originalmente en 1971 y que cuenta, de entrada, con la opinión favorable y poco discutible, particularmente en este tema, de Julián Marías.

La referencia a que me obligo ofrece ciertos problemas. La magnífica labor de Raley consiste en explicar y coordinar a Ortega. La orientación de la unidad europea como meta del estudio no exime a Raley de un sondeo totalizador de la problemática orteguiana, puesto que la unidad de ésta origina una profunda interacción en las propuestas parciales. Dentro de la explicación que se lleva a cabo de la obra de Ortega, dentro de la coordinación y la síntesis y cuando ello es oportuno y conveniente, Raley, en breves incrustaciones sobre su texto diáfano, valora críticamente y con elogiada medida las ideas de Ortega o, simplemente, las juzga o matiza a la luz de la experiencia histórica posterior.

Si Raley explica y valora a Ortega a lo largo de más de doscientas páginas, la tarea correcta mía habrá de orientarse en tres o cuatro folios a explicar una explicación y a valorar una valoración. El empeño evidentemente es imposible o, en cualquier caso, pecaría de pretencioso e inútil. Y quiero señalar estos conflictos a que con toda suntuosidad de riesgos se lanza la llamada *crítica* a través de improvisados comentarios en revistas y periódicos, es decir, que a mi entender la crítica en tales condiciones no existe o es una tarea convencional, y a lo más que se puede aspirar es a facilitar mera noticia de la aparición de un libro.

<sup>1</sup> HAROLD C. RALEY: *Ortega y Gasset, filósofo de la unidad europea*. Pról. Julián Marías. Trad. Ernestina de Champourcín. Biblioteca de la Revista de Occidente, Madrid, 1977, págs. 261.

Sin entrar en la explicación de la explicación, y valorarla, porque eso entrañaría pisar una frontera orteguiana superior a la del propio Raley, disponer de su tiempo y espacio, todo lo cual es completamente disparatado cuando sólo se trata de comunicar una impresión de lectura, nada impide afirmar que el estudio de Raley sobre el desarrollo del pensamiento de Ortega, iniciado en su noción básica del historicismo, el perspectivismo y la circunstancia, es, primero, riguroso, claro y potenciador, y segundo, sin soslayar los puntos controvertidos de Ortega entre, por ejemplo, la «rebelión de las masas» y el «dirigismo de las élites», da una dimensión del Ortega filósofo, dotada de una concepción y un sistema, con la que lo hace ingresar razonablemente en el reducido club de los pensadores universales de primera línea, señalando incluso la medida en que probablemente es posible considerarlo precursor de Heidegger y Sartre. Y, por supuesto, eliminando el viejo tópico de que en Ortega la aparente retórica está reñida con la profundidad: «La claridad de su pensamiento y la belleza de sus palabras no pueden siempre defendernos de su profundidad».

La profundización de Raley en teorías presuntamente lejanas de la unidad de Europa como tema central del libro—historia, perspectiva, circunstancia—no es gratuita, por cuanto constituyen la raíz del pensamiento de Ortega y se relacionan con sus ideas sobre la naturaleza del Estado y de la colectividad, toda una armazón aplicable finalmente a la filosofía de la unidad de Europa, que representa, según Raley, una de las cimas lógicas de su quehacer intelectual.

La aportación, o su claridad exegética, interesa por varios motivos en Raley. Subyacentes a la problemática europea, o inducidos por ésta, surgen una serie de temas que, a mi juicio, son «los» temas que verdaderamente absorben la base de todo pensamiento evolucionado, entre los que cabe citar el conflicto sociedad-individuo, las nacionalidades, la noción de progreso, la definición del hombre-masa, la función (y la escasez) de minorías dirigentes, las etapas en el desarrollo civilizador, el escepticismo revolucionario, la misión de la Universidad y el problema de la autenticidad (personal o colectiva). Al mismo tiempo, tenemos ocasión de reconsiderar el «germanismo» de Ortega y su «desprecio» de la masa, es decir, podemos situar estos ingredientes negativos, popularizados esquemáticamente, en otro contexto más próximo a la realidad entera de su gestión intelectual. Como ejemplo y en relación al escaso aprecio que sentía por la cultura latina y su exaltación germánica, no debe olvidarse que para Ortega el germanismo era la cultura latina absorbida en la Edad Media.

La complejidad de nuestro tiempo obliga a la especialización y, todo lo que cae fuera de una especialización, lo asimilamos con la mejor vo-

luntad, pero en obligadas simplificaciones. Las actitudes políticas de Ortega—su escepticismo revolucionario, su idea de las élites—ofrecen matices que generalmente escapan a las simplificaciones. Hasta que llega una persona paciente, morosa, que ama el tema de su discurso, como Raley, y a partir de ese momento las simplificaciones aparecen en su inmensa fragilidad y Ortega deja de ser un filósofo fácilmente clasificable del que nos podamos descuidar a la pata la llana, o al que podamos tachar de «germanista» o «racista», como a veces se ha interpretado su desconfianza de lo latino. Una de las ideas sorprendentes de Ortega respecto a la primitiva Europa es el papel relativamente secundario que concede a la influencia del cristianismo.

Europa para Ortega, más que una entidad geográfica o política, era un repertorio de «creencias, conceptos y *vigencias* de origen común», que al constituirse como una mezcla de las culturas romana y germánica excluía a Rusia, caracterizada por el predominio de las masas y la debilidad de las minorías. Este fenómeno es también atribuible a España y explica, en cierto modo, el fracaso de lo hispánico, aunque en el tratamiento del concepto de pueblo, de lo popular, Ortega no se muestra especialmente afortunado, y las objeciones de Raley son justas desde el momento en que señala que existía confusión orteguiana entre lo popular y lo plebeyo.

«Hay un hecho—escribe Ortega—que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, ni menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas, cabe padecer. Esta ha sobrevenido más de una vez en la historia. Su fisonomía y sus consecuencias son conocidas. También se conoce su nombre. Se llama rebelión de las masas.» La cita no es larga si se tiene en cuenta que el binomio minoría/masa representa uno de los grandes malentendidos en la interpretación de las teorías de Ortega. El hombre-masa trasciende fronteras de clase social y de profesión. Es un tipo, no una clase, así como el hombre-aristócrata no tiene nada que ver con el «linaje» o la «sangre». La rebelión de las masas—que no revolución—es en realidad la negativa a escuchar a las minorías mejor dotadas. Y la única salida a la desmoralización es la unidad europea. Estos aspectos del individuo y la masa, el dirigismo de los mejores y los problemas del nacionalismo están convincentemente coordinados por Raley. Pero su excelente trabajo merece continuación. Puesto que Raley no abandona la sugerencia crítica y temporal de Ortega, habría que preguntarse qué es de Europa en la actualidad y en qué medida las ideas de Ortega se han visto confirmadas, así como la influencia de otros problemas recientes: el despertar de los nacionalismos regio-

nales, la supeditación energética, la creación del Mercado Común, la nueva estructura democrática del Parlamento Europeo.

De cualquier forma, nada de esto se podría estudiar a fondo sin el concurso de Ortega, cuyas teorías sobre la unidad europea nos brinda desbrozadas el joven profesor norteamericano.—*EDUARDO TIJERAS (Maqueda, 19. MADRID-24).*

## SALADRIGAS, ROBERT: “AQUELL GUST AGRE DE L’ESTEL”

Robert Saladrigas nació en Barcelona en 1940 y es protagonista de excepción de la generación de la postguerra, un sector histórico y cultural que quedaría ubicado en la tierra de nadie, entre la generación que vivió la guerra civil a través de sus ojos de niño—sin poder ser combatientes, pues habían nacido al final de los años veinte—y las nuevas promociones de los años cincuenta, los potenciales protagonistas de la reconstrucción cultural del país.

Saladrigas comenzó a escribir tempranamente en los diarios de Barcelona y se reveló desde joven como uno de los más dinámicos colaboradores de las páginas literarias, culturales y de comentario sociológico. Recientemente, sus artículos aparecen semanalmente en *La Vanguardia*, *El Correo Catalán* y *El País*, entre otras publicaciones. *Serra D’Or* y *Destino* fueron semanarios que testificaron su firma en años anteriores, al igual que *Mundo*. En castellano y en catalán es, por tanto, uno de los autores más destacados de este capítulo especial de la historia intelectual española que buscó refugio en las páginas de los periódicos, muchas veces en claro divorcio con la universidad. Entre otros aspectos, conviene destacar que durante varios años desfilaron por sus artículos y entrevistas del semanario *Destino* los mejores autores hispanoamericanos. A través de sus comentarios y conversaciones—la serie era titulada modestamente «monólogos»—, el lector español contaba con una ventana al mundo exterior, que le revelaba lo que pensaban y pretendían los mejores autores de América Latina. No cabe duda, por tanto, que junto a otros autores—significativamente catalanes, como Barral, Castellet, Marco, etc.—, Saladrigas tiene un puesto en el nacimiento, desarrollo y masificación del fenómeno mal llamado *boom* de la narrativa latinoamericana en España. Ya se ha escrito lo suficiente como para entender que uno de los aspectos más significativos es precisamente la